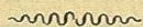


del pequeño.» Fruto de esta doctrina son esas nuevas creaciones del Catolicismo, que se multiplican cada día, y en las que el poder de la caridad lucha constantemente contra el poder de la miseria, y no le permite penetrar en ningún rincón de la tierra, sin que llegue al mismo tiempo el consuelo para el desgraciado. Así se establece la fraternidad verdadera entre los hombres: fuera de la caridad no puede existir. La ley podrá decir: os mando dar para el que no tiene. Pero esto irrita al egoísta, que resiste cuanto puede, é inventa mil recursos para no obedecer. El egoísta, ó no da nada, ó dando por fuerza da lo menos que puede. El filósofo podrá decir: es un deber socorrer á la humanidad; pero admirando su frase y aplaudiendo su discurso, nadie se sacrificará.

El hombre solo da, solo se sacrifica cuando ama; la ley y la filosofía no engendran el amor. Aún más, la ley y la falsa filosofía suelen destruir la obra del amor. ¿Quién ha tratado de destruir, y ha destruido en parte, esos institutos de caridad y de sacrificio, fundados por el Catolicismo en todos los siglos? La filosofía, y su hija la ley, diciendo que son inútiles. ¿Será que en nuestro siglo es inútil la caridad, porque ya no hay miserias?

Detengámonos..... y pasemos á estudiar el segundo extremo de mi proposición. La Sagrada Eucaristía, estímulo, fortaleza y recompensa del hombre que se da y se sacrifica por la caridad.

SEGUNDA PARTE.



El amor de Dios, hemos dicho antes, es el modelo de la caridad entre los hombres, y este amor se manifiesta

en la donación que el Padre nos hace de su Hijo, y que este hace de sí mismo á la humanidad en la Encarnación; se manifiesta en el sacrificio á que el Padre sujeta al Hijo, y que este abraza voluntariamente consumiéndole en la Cruz. El fin de uno y otro es que el hombre viva de la vida de Dios, que el hombre sea hijo de Dios (1), una misma cosa con él. Pero estas demostraciones de la infinita caridad de Dios, no serían más que un recuerdo si no las tuviera presentes en un misterio que, reproduciendo á la vez los dos primeros, les da vida, les hace sensibles al corazón. Ese misterio es la Sagrada Eucaristía; Encarnación y Pasión perpetuadas ante el hombre hasta la consumación de los siglos; sacrificio elevado al mayor grado posible por la fuerza infinita de la caridad de Jesucristo. En aquellos misterios se comunica Dios á la naturaleza humana, y por todos los hombres se sacrifica á la vez; en esta se da á cada uno, á cada uno se comunica, por cada uno se sacrifica. Es el último esfuerzo del amor de Dios á la criatura; es el perfecto y acabado modelo de donación y sacrificio, que presenta al hombre cuando dice: *Amaos como yo os he amado*; y por lo mismo el estímulo más poderoso para llevar al hombre al heroísmo de la caridad.

El hombre por la sagrada Comunión posee á Dios en su corazón, siéntese inundado de amor divino, siéntese rico de Dios, es decir, de caridad, y exclama: «Os amaré, Señor, que sois mi fortaleza y mi virtud (2). ¿Pero qué os daré en cambio de lo que me habeis dado? (3) Oigo vuestra voz que me dice: Hijo, dame tu

(1) Gal. IV, 5.

(2) Psalm. XVII, 2.

(3) Id. CXV, 3.

corazon (1).—Tomadlo, Señor, vuestro es; preparado está para hacer vuestra voluntad (2). Señor, ¿qué quereis que haga? (3)—Ama á tus hermanos, ama á todos como yo te amo á ti, responde Jesus; conságrate á ellos, sacrificate por ellos, como yo me he dado y me sacrifico por ti.—¿Es posible, Señores, tener fe en la Sagrada Eucaristía, es posible acercarse á la sagrada mesa y recibir á Jesus en el corazon, sin sentir la presion fuerte y dulce á la vez de su caridad inmensa? ¿Es posible que el hombre, abismado en el océano del amor divino, deje de tener el corazon abrasado en santo ardor, como los discípulos de Emaús, y que no quiera devolver amor por amor, donacion por donacion, sacrificio por sacrificio? El hombre de fe y de amor, viviendo entonces de la vida de Jesus, dice lo que este dijo á su Eterno Padre: «Hé aquí que vengo á cumplir vuestra voluntad. Quiero, Dios mio; y vuestra ley, vuestro amor, está en medio de mi corazon (4).» El hombre de fe y de amor quisiera entonces dar á Dios tanto como ha recibido; pero conociendo como el Profeta que toda su sustancia es como nada delante de Dios (5), y que Dios de nada necesita, quedaria oprimido su corazon si no oyera la voz del Señor que le dice: «Si me amas, ama á tus hermanos; haz con ellos lo que quisieras hacer conmigo; conmigo lo haces porque yo les trasmito á ellos todos mis derechos.» El cristiano, dirigiéndose entonces á sus hermanos, dice, como Jesucristo le inspira: «Si alguno tiene sed, venga á mí y beba (6); si alguno es pequeño, venga á mí; si alguno

(1) Prov. XXIII, 26.

(2) Psalm. LVI, 8; CXVIII, 60.

(3) Act. Apost. IX, 6.

(4) Psalm. XXXIX, 9.

(5) Id. XXXVIII, 6.

(6) Joann. VII, 37.

es pobre, venga á mí: venid y comed mi pan; venid, y llenaos de los frutos de mi caridad (1).» Ved aquí el origen de esos actos heroicos de caridad que á cada paso presenta la historia del Catolicismo. La Comunion Eucarística los engendra; sin ella no se practican ni se comprenden.

Pero la caridad, hermanos míos, no es virtud de un dia; el sacrificio que la constituye no es de una hora, es de siempre, de todos los dias y de todas las horas, como el de Jesucristo que lo inspira; y ese sacrificio perpetuado tiene obstáculos que superar, enemigos que vencer. En el corazon del hombre hay lucha incesante; la carne y el espíritu se hacen guerra sin tregua, dice San Pablo (2). La naturaleza y la gracia se disputan el imperio del corazon. Si esta atrae al hombre hácia el sacrificio, hácia la caridad; aquella lo repugna y resiste, y pelea para dar el triunfo al egoismo, y hacer que el hombre se busque á sí mismo y olvide á los demás. La ingratitud del que es objeto de la caridad; el espectáculo de la miseria, repugnante al que no está á ella acostumbrado; la resistencia de la carne al dolor, á la privacion, á la fatiga; el respeto humano, el temor á la sátira y al desprecio, y otros mil sentimientos egoistas, vienen á interponerse entre el corazon y la caridad. No hay duda que esta pide heroismo, que no se alcanza sin un principio de fortaleza superior á las fuerzas naturales, sin un manjar que vigorice el espíritu, y convierta al hombre en héroe y lo haga semi-Dios, como de la ambrosía de los dioses mitológicos creian los antiguos. Jesucristo lo sabe, y prepara ese manjar; tomad y comed,

(1) Prov. IX, 4, 5.

(2) Gal. V, 17.

dice: comed mi cuerpo, bebed mi sangre, y tendreis vida, y sereis lo que yo soy, y podreis lo que yo puedo, porque yo mismo viviré en vosotros (1).

Escuchad á San Agustin, que explica el consejo del Sábio. Cuando te sentares á la mesa de un príncipe, observa con atencion las cosas que te ponen delante, sabiendo que tú debes preparar tambien otras semejantes (2). ¿Cuál es esta mesa del príncipe, sino aquella en que se nos da el cuerpo y la sangre del que murió por nosotros? ¿Y qué significa el consejo de observar lo que se nos da para saber lo que debemos preparar á nuestra vez, sino que así como Cristo murió por nosotros, así nosotros debemos estar dispuestos á sacrificarnos por nuestros hermanos? Esto hicieron los santos mártires, llevados de su ardiente caridad, hasta el grado que Jesucristo dice ser el mayor. Hicieron por sus hermanos lo que por ellos hizo Jesucristo; dieron á sus hermanos lo que por ellos recibieron en la mesa de Jesucristo, imitando el heroismo de su amor (3). Por esto la Eucaristía se llama el pan de los fuertes.

Los que le comieron en tiempo de las persecuciones, caminaron impávidos al martirio por la fe, desafiando los tormentos, y muriendo con el himno de triunfo en los lábios y la alegría en el corazon. Los que le comen en todo tiempo, son fuertes en la lucha de la carne con-

(1) Joann. VI, 58.

(2) Prov. XXIII, 1.

(3) ¿Quæ mensa potentis, nisi unde sumitur corpus et sanguis ejus, qui animam suam posuit pro nobis?..... ¿Et quid est sic mittere manum ut scias quia talia te oportet præparare, nisi quod jam dixi, quia sicut Christus pro nobis animam suam posuit, sic et nos debemus pro fratribus animas ponere? Hoc est: talia præparare; hoc beati martyres ardenti dilectione fecerunt..... impleverunt ipsi charitatem, qua Dominus dixit non posse esse majorem..... Talia enim fratribus exhibuerunt, qualia de Domini mensa pariter acceperunt. (S. Aug., tract. 84 in Joann.)

tra el espíritu; son héroes; son mártires por el sacrificio á que los lleva su caridad. No es difícil de comprender este misterio. Cuando el hombre recibe á Dios en su corazon y se une á él por el adorable sacramento de la Eucaristía, puede decir como San Pablo: Ya no vivo yo, Cristo es quien vive en mí (1). Ahora bien, si Dios vive en mí, yo debo vivir de la vida de Dios; y como su vida en la Eucaristía es de inmolacion y de víctima, yo debo inmolarme tambien; quiero sacrificarme tambien: *Eamus et nos, ut moriamur cum eo* (2).

Hé aquí lo que tanto ha hecho desear la sagrada Comunión á los héroes de la caridad, y lo que hace que en todas las instituciones caritativas, se mande ó se recomiende al menos la frecuente Comunión. Cuanto más ardiente llama ha levantado la caridad en el corazon, mayores ánsias han tenido los santos de unirse á Jesus, de hacerse propia la vida y la fortaleza de Cristo, exclamando con San Pablo: «Todo lo puedo en aquel que me conforta (3). ¿Quién me separará de la caridad de Cristo? ¿La tribulacion, la angustia, el hambre, la desnudez, el peligro y la espada? Ciertamente estoy que ni la muerte, ni la vida, ni lo presente, ni lo venidero, ni los principados, ni las potestades, ni otra criatura, podrá arrancarme de la caridad de Dios, que es en Cristo Jesus (4), que me apremia á darme, á sacrificarme todo por él y como él (5).» La experiencia de estos admirables efectos de la Eucaristía inspiró al Apóstol de la caridad, al gran Vicente de Paul, este consejo que dirige á sus

(1) Gal. II, 20.

(2) Joann. XI, 16.

(3) Philip. IV, 13.

(4) Rom. VIII, 35 et seq.

(5) II Corinth. V, 14.